

II.

OTRAS ACTIVIDADES ACADÉMICAS

1. NUEVO INGRESO

En la Junta del día 15 de octubre de 2019 tomó posesión de su plaza de Número el Académico Excmo. Sr. D. Miguel García-Baró López, que fue contestado en nombre de la Corporación por el Excmo. Sr. D. Pedro Cerezo Galán.

El extracto de su discurso es el siguiente:

LA METAFÍSICA Y LA PRUDENCIA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Miguel García-Baró López *

La filosofía actual sobrelleva problemas de orden moral y político de terrible gravedad. Maestros decisivos no evitaron, por decirlo piadosamente, la crueldad apenas creíble que se desató sobre el mundo en el siglo xx y que aún en muchos sentidos no está controlada: esa crueldad que ha merecido al último siglo, en la pluma de algún ensayista, el título de cementerio del futuro.

Cuando se eleva elocuentes lamentos sobre la carencia de espíritu, de profundidad, de anhelo de verdad que devasta nuestro mundo, no hay que perder de vista que, para muchos, aunque quizá no a flor de conciencia, la historia parece haber probado que las fuentes de la cultura europea habían de desembarcar en los desastres contemporáneos. Pero es evidente que la crítica radical de esta opinión que flota en el ambiente y hace buscar a tantos en las culturas más ajenas al tronco de Europa restos de salvación, o bien deja a muchos en el nihilismo y la desesperanza, solo puede proceder creativamente de aquellas mismas fuentes y tradiciones a las que se acusa de responsables de todos los males. Únicamente en una atmósfera espiritual de respeto a las constituciones democráticas

* El texto completo de este discurso, así como la contestación a cargo del Académico Excmo. Sr. D. Pedro Cerezo Galán, puede consultarse en la página web de la Real Academia.

de los Estados, de búsqueda radical de la verdad y de anhelo eficaz de justicia y dicha se puede vivir una vida humana plena. Esta atmósfera tendrá que ser construida —quizá no debamos emplear aquí la palabra reconstruida—, si no queremos que la edad del ser humano quede abolida.

La vida humana se logra o se malogra en la acción; pero la acción, que se refiere siempre de alguna manera a las cosas, a las demás personas y a mí mismo, no se lleva a cabo más que sobre lo que conocemos, o sea, sobre lo que creemos conocer. Hago lo que hago porque sé lo que sé, incluso si en ocasiones tengo la sorprendente impresión de que termino haciendo algo que no se ajusta del todo a lo que había decidido hacer en virtud de lo que suponía que sabía.

Esta situación revela que hay una acción que queda como al fondo de las que normalmente llamo mis acciones: la de creer una determinada verdad; creerla en serio, puesto que la vuelvo acción mía enseguida.

Hay una raíz común para la sabiduría metafísica teórica y para la prudencia entendida como sabiduría metafísica práctica. Debo vivir de verdades, debemos vivir de verdades. Estas verdades no puedo, no podemos pensar que las tengo ya poseídas y apropiadas, porque jamás las he puesto en tela de juicio y porque ni siquiera sé, normalmente, cuándo y por qué las he adoptado para vivir.

Una persona gira su existencia, su corazón, hacia el ideal de la plena verdad cuando comprende que su vida es breve y, por el momento, imperfecta, como hecha a mitad; y cuando, además, experimenta que no debe, no quiere, ya no puede seguir viviendo como hasta el instante en que la vida misma lo pone en presencia de un misterio o, como decían los antiguos, en una aporía o en un vértigo de que no se encuentra modo de salir. No es mi voluntad de lucidez lo inicialmente más importante, sino aquello que la suscita desde fuera de mí, desde lo otro que yo.

Hay, para decirlo en otras palabras, un maestro exterior y otro cuya lección despierta a un segundo maestro, interior este y hasta más yo que yo mismo. Yo mismo, por cierto, soy el discípulo de estos dos maestros ejemplarmente exigentes —y elocuentísimos—.

Hay que hablar en plural de los misterios, pero en verdad cuando uno se revela tiene tal índole que pone en pie o detiene la marcha entera de la vida: la absorbe, parece que ya no hay nada más que el, y, así, todo se ve a su luz o su negrura. El auténtico misterio ejerce de suyo la crítica radical y universal de la propia vida, y yo solo puedo obedecerlo pero no reemplazarlo por ninguna decisión mía. De aquí que solo la experiencia individual de un misterio, pero no las descripciones de él desde la vida de los otros, sea una revolución efectiva de la existencia.

Los problemas, los enigmas y los misterios son indisponibles, según el término abarcante de Jean-Yves Lacoste; pero los misterios es que disponen de

nosotros, nos derriban de nuestra vida, son el desastre que obliga a recomponerla. No se los puede esperar, no se los puede acoger, no se los puede olvidar; y pasa toda la vida interpretándolos, dándoles vueltas, haciendo que su exceso de sentido o de sinsentido baje a los hondones del alma, como decía Unamuno. Nos acompañan ya siempre y no hay procedimiento técnico para deshacerlos. Existen, por cierto, diferencias muy grandes entre unos y otros misterios, e ignoramos cuántos hay y cuántos más se nos revelarán —en vida o en muerte—.

Lo aporético de un misterio es precisamente que no puedo de ninguna manera seguir viviendo tras su encuentro como venía viviendo antes, en la ingenuidad y la ignorancia de su no revelación. Queda, desde luego, en mi mano un buen margen para hacer cosas diferentes, diversos movimientos de la existencia a propósito de un solo y mismo misterio.

La experiencia del misterio inicial en el orden del conocimiento nos sume de improviso en el tiempo breve y en la urgencia de abrirnos una vía a través de algo que nos traspasa y nos supera; o sea, nos vemos introducidos pasivamente en que el tiempo, esta materia esencial de nuestra vida, es breve e irreversible.

El vivir debe estar sometido a un final para ser soportable. Vivir con muerte es terrible, pero vivir sin muerte es aún más terrible.

¿Qué significa entonces ser? Si esta pinza de congoja me duele y me rebelo, y en vez de comprender mi vida como un don la veo de pronto, viniendo yo directamente del juego, como una condena, ¿qué es lo que quiero, ya que rechazo tan desde el fondo de mi corazón vivir en la congoja? Pero si ignoro qué es ser, no menos ignoro —y esto es más misterioso todavía— qué es lo que anhelo, qué es la dicha, o sea, qué es el bien.

No tiene por qué ocurrir que el sufrimiento del otro traicionado enseña levante la conciencia de culpa, pero, por lo regular, con el paso del tiempo, a la vista de la desgracia evidente que se ha causado, se revelará el mandamiento ético capital: que no hay que dañar a nadie, pase lo que pase, o sea, que hay fuera de mí, más como tú ajeno que como *alter ego*, una realidad misteriosamente santa, que me manda sin condiciones cuidado, supresión de toda violencia, amor ético. Me enseña así la lección de que la muerte no es el único misterio, sino que superior a ella llega el misterio del amor ético. Y cuando esta revelación —tal es el nombre que los eminentes filósofos de inspiración judía del último siglo han dado a este acontecimiento— surge, una persona comienza a reflexionar con la suficiente profundidad en la calidad y la abundancia de los dones de amor que ha recibido ya antes. La responsabilidad hacia lo futuro se carga con el sentido y el peso del arrepentimiento; y aunque no se haya podido desvelar el entero sentido de la muerte, está uno preparado ya para morir por el otro, para morir por lo invisible.

